

FOMENTO

A principios del s. XIX, don Francisco Moran Roda de la familia escocesa de los O'Moran llegó a nuestra ciudad, con su gaita y su kilt, y construyó su casa con un hermoso jardín en la Vilanova. A su muerte, el edificio pasó a su hijastro don José Rausell y en 1932 sus herederos lo vendieron a Fomento de Agricultura, Industria y Comercio.

En los años de la posguerra, del boniato y del glorioso Movimiento Nacional, la mayoría de los socios era gente de orden y de derechas que llevaba sombrero, tal y como rezaba el anuncio: “Los rojos no usaban sombrero”. Sus hijos, los señoritos, con esmoquin alquilado en la ropería *Insa* de Valencia bailaban el rigodón con las señoritas puestas de largo mientras los padres, pensando en futuras bodas, calculaban a ojo de buen cubero el número de hanegadas de naranjos.

Aunque en aquel tiempo el juego estaba prohibido, en el segundo piso el Gobernador, previo pago de un donativo para fines benéficos, permitía la ruleta y el bacarrá con el disgusto de muchas esposas que veían cómo sus maridos se jugaban el dinero de la fruta dorada.

En el primer piso, los económicamente débiles jugaban al truc y al chamelo entre tazas de café y el humo espeso de los farias.

En el salón principal de la planta baja se formaban las tertulias de los grandes hombres de las naranjas: Porta Giner, Morán Llinares, Mayans, Cañada, Olaso, Peiró, Camaró... Allí, los farias se convertían en habanos y el café se acompañaba con una copa de coñac francés.

En aquellos años de esplendor naranjero creció el número de socios. Fomento dejó de ser elitista, se democratizó y se creó una biblioteca.

En mi novela *El llibre d'hores* cuento la historia de tres famosos solterones socios de Fomento: un abogado apodado El Gato, el oculista Villanueva y un rico terrateniente llamado Lapeyre; quienes, todos los sábados para ahorrar dinero, viajaban juntos a Valencia en el taxi de Roc para ir de putas.

Fomento fue durante muchos años algo parecido a un cementerio de elefantes, un coto cerrado donde los conserjes Centella y Joaquín, con su

chapa dorada a modo de estrella de sheriff, vigilaban que no se colaran los que no eran socios.

Ahora Fomento se ha adaptado a los nuevos tiempos, ha desaparecido el olor a viejo casino, han bajado las cuotas, se celebran bailes de salón, todo tipo de charlas y conferencias, se presentan libros y algunas asociaciones han instalado allí sus oficinas. Actualmente, abriendo las puertas de la cafetería a la calle, se ha puesto la institución al alcance de todos los ciudadanos. Pero, por lo que me dicen, la cafetería se debería iluminar más y mejor y poner un mobiliario más acogedor y confortable.

José Miguel Borja